

Medio	Qué Pasa
Fecha	26-03-2010
Mención	Entrevista al Rector Fernando Montes S.J sobre los casos de pedofilia que han afectado a la Iglesia Católica.

“El secretismo nos ha hecho mucho mal”

El sacerdote Fernando Montes habla de los casos de pedofilia que han afectado a la Iglesia Católica mundial y de la política que Benedicto XVI impuso para enfrentarlos. Critica a los obispos que callaron y aplaude que las víctimas ahora sean un tema prioritario. “Ésta es una oportunidad para que surja una Iglesia humilde”, dice.

[Por Claudia Farfán M // Foto: José Miguel Mendez.]

El pasado 20 de marzo ocurrió un hecho histórico en el Vaticano: Benedicto XVI reconoció públicamente su “vergüenza” y “remordimiento” ante los casos de abusos de menores cometidos por sacerdotes de Irlanda. Ésa fue su reacción frente al contenido de dos informes del gobierno de ese país que revelaron vejaciones sufridas en forma sistemática, durante 74 años, por alrededor de 2.400 niños que se formaban en instituciones dirigidas por la Iglesia Católica.

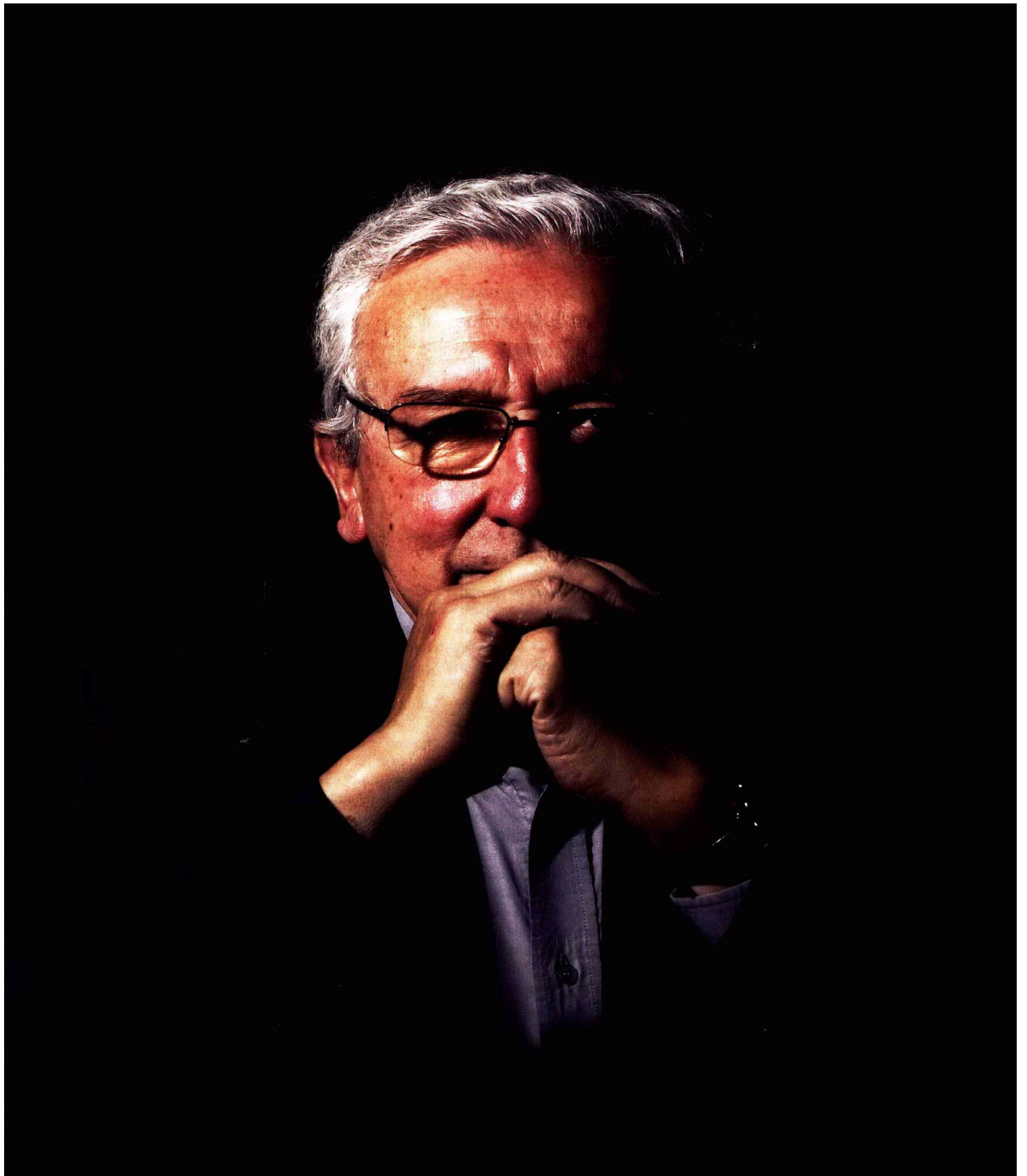
El maltrato consistía no sólo en agresiones sexuales sino también en torturas psicológicas y en golpizas. Uno de los documentos evidenció además que la jerarquía eclesiásti-

ca de Dublín encubrió los hechos durante décadas.

En esta entrevista, el padre Fernando Montes, rector de la Universidad Alberto Hurtado, entrega su visión del tratamiento que ha dado la Iglesia a los casos de pederastia y analiza el rol que ha cumplido el cardenal Joseph Ratzinger.

-¿Qué gravedad revisten las denuncias que afectan a la Iglesia Católica de Irlanda, donde los obispos optaron por proteger a los sacerdotes acusados de pederastia?

-Me gustaría ubicar esta situación en un marco más amplio. No se trata de un fenómeno nuevo, porque se ha arrastrado



a lo largo de la historia y afecta no sólo a la Iglesia. En Roma y Grecia la pedofilia no era problemática. Afortunadamente hay un avance notable en la conciencia ética de la humanidad. Hoy juzgamos severamente este delito y, en particular, cuando hay religiosos involucrados. Esto me parece razonable, porque una falta moral de un sacerdote es especialmente delicada por su incoherencia y porque él debería ser un maestro. En este contexto, es claro que hubo abusos en Irlanda y que los obispos no procedieron como se debía. Por eso me explico el escándalo. A Dios gracias la situación se ha hecho pública para que podamos corregir el mal de raíz. Para muchos esta enorme vergüenza es una gran oportunidad para que surja una Iglesia humilde, que reconozca sus flaquezas y caídas.

-¿Cuál es la trascendencia que tiene el gesto de Benedicto XVI de pedir perdón a las víctimas y recriminar duramente a la Iglesia de Irlanda en una carta pública?

-Que el Papa lo haya asumido es un hecho único. Muestra una nueva actitud y esto trasciende de una u otra manera para todos nosotros. En todo el mundo hay que hacer una revisión de fondo y con mucha honestidad para que una situación como ésta no suceda nuevamente. Y si ocurriera, porque somos seres humanos, que haya una inmediata corrección y reparación a las víctimas. En la carta de Su Santidad hay un hecho que debe ser subrayado: es la prioridad que adquieren las víctimas. Hay un cambio de perspectiva, porque antiguamente el obispo se preocupaba de sacar a un sacerdote de su lugar de trabajo, pero le faltaba mirar las cosas desde la óptica de las personas que eran agredidas y de las posibles futuras víctimas.

-¿Ve usted una diferencia sustantiva entre Benedicto XVI y Juan Pablo II, en la forma cómo han tratado los

casos de pedofilia al interior de la Iglesia?

-El cardenal Ratzinger era el encargado de ver estas denuncias durante el pontificado de Juan Pablo II (como prefecto de la Congregación para la Fe). Entiendo que se tomaron algunas medidas, pero también hubo casos sumamente emblemáticos, como el del padre Maciel, cuyo *dossier* estuvo paralizado en su escritorio y no se escuchó a las víctimas. Con el pontificado de Ratzinger hubo efectivamente un cambio radical de actitud. Obviamente influye la presión de la opinión pública, la extensión del escándalo, la profusa información y la nueva sensibilidad cultural frente al tema. La situación producida en Estados Unidos nos ha hecho a todos tomar nueva conciencia y buscar soluciones más drásticas.

-Usted menciona el caso del padre Marcial Maciel. ¿A qué atribuye que El Vaticano demorara tanto tiempo en constatar la veracidad de los hechos? Recién en 2006 el papa Benedicto XVI resolvió aplicarle una sanción

-Durante mucho tiempo hubo una actitud de no creer que las denuncias en contra del padre Maciel fueran verdad. Ahí se procedió mal y eso lo han pagado caro tanto la Iglesia como los Legionarios. No se actuó con la prontitud ni con la perspectiva de ayudar, en primer lugar, a las víctimas, pues funcionó una especie de defensa corporativa en la Santa Sede y en la propia congregación.

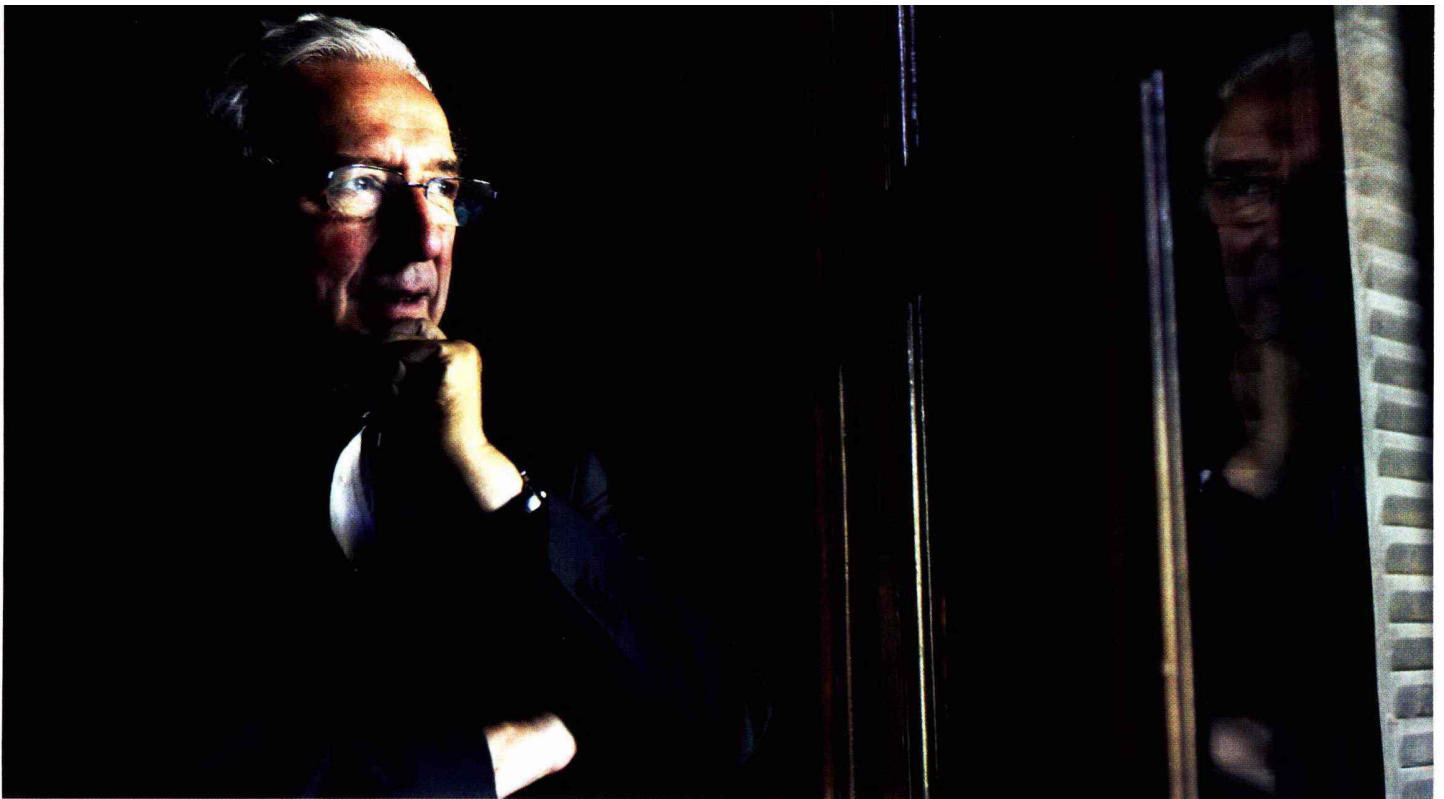
-¿La Iglesia se ha visto obligada a asumir responsabilidades, más que nada por la presión pública?

-Sí y no. Es obvio, y lo mismo pasa con la justicia, que la denuncia es un factor que acelera el proceso. Por eso, la Iglesia ahora ha insistido en que se hagan las denuncias respectivas. Desde el punto de vista legal, conforme a la ley canónica, hay normas bastantes claras, pero en varios casos -desgraciada o humanamente- se procedía de manera privada. En ocasiones se aplicaban sanciones y de eso la gente ni se enteraba. Pero nos hemos dado cuenta de que eso no basta: debe existir una corrección pública que evite el mal mayor. Ojalá, en la Iglesia, fuéramos más claros en denunciar y cuando veamos un caso así, los sacerdotes no esperemos la conmoción pública.

RESERVA Y SECRETISMO

En 2002, el cardenal Ratzinger instó a todas las diócesis

|||||
“El Papa está dando un mensaje fuertísimo al reunirse con los obispos irlandeses para hacerles ver la grave responsabilidad de haber ocultado los hechos. Si usted ha leído la carta de Su Santidad se dará cuenta de que el primer tirón de orejas es para ellos”.



sis del mundo a informar a Roma sobre los casos de sacerdotes involucrados en este delito. Sin embargo, también solicitó hacerlo bajo la mayor reserva. ¿Cuál es su visión sobre no advertir de estos hechos a las autoridades civiles?

-Si hay certeza del hecho, sin duda hay que denunciar. Para un obispo es duro porque es como incriminar a un hijo. Pero la víctima también es su hijo. Por eso el ideal es que la víctima denuncie y la Iglesia colabore lealmente con la justicia para que se establezca la verdad y las penas. La legislación cambia de un país a otro. En algunos se obliga a dar a conocer el delito y en otros no. Para denunciar debemos estar seguros de los hechos. Me parece interesante ser prudentes, como ha pedido el cardenal Ratzinger, porque en caso contrario uno puede destruir injusta y cruelmente la fama de un inocente.

-Pero este secretismo es justamente lo que permitió que los obispos de la Iglesia de Irlanda encubrieran a los sacerdotes que abusaron de niños durante años.

-Yo distingo la reserva del secretismo. La reserva es el fruto de la prudencia para no ventilar situaciones que no tengan visos de ser verdad y cuya discusión puede afectar también a las posibles víctimas. El secretismo es ocultar la verdad y eso nos ha hecho mucho mal. El Papa ha insistido en que el secretismo nos llevó a proteger a los hechores. Eso no puede continuar. El secretismo puede dejar sin justicia a la víctima.

-El vaticanista John Allen señala que la única manera de garantizar que situaciones como éstas no se repitan es que exista un control directo del Vaticano sobre los obispos.

-Creo que no se trata sólo de control. Pero es cierto que se debe cuidar a los sacerdotes, y también es necesario dictar normas a los obispos. A mí me parece que en el caso de Irlanda, el Papa está dando un mensaje fuertísimo al reunirse con los pastores para hacerles ver la grave responsabilidad de haber ocultado estos hechos. Si usted ha leído la carta de Su Santidad se dará cuenta de que el primer tirón de orejas es para los obispos.

-¿Estos obispos irlandeses debieron seguir ejerciendo?

-Dentro del contexto de lo que era la sociedad irlandesa, probablemente procedieron como se había hecho siempre. En mi caso, siendo rector de colegio, tuve un profesor acusado de abuso y los padres del niño agredido me suplicaron que no lo hiciera público. Conversé con varios rectores de Santiago para ver qué hacer. "Échalo cuanto antes", me dijeron. Lo hice y sentí que había actuado correctamente. Hoy, 25 años después, creo que debería haber denunciado el caso a la justicia pero así se actuaba hace 25 años. Hay que analizar cada caso en su contexto. Si algún obispo hubiese faltado concientemente a su deber convendría cambiarlo.

-La diferencia está en que los obispos irlandeses no guardaron silencio por solicitud de las víctimas, como fue en su caso, sino para proteger la imagen de la Iglesia.

- Tal vez un mal entendido amor a la Iglesia les jugó una mala pasada. No puede haber una imagen sostenida sobre el dolor de víctimas inocentes, también miembros de la Iglesia. Dios ve lo más oculto y es ante Él que debemos ser transparentes si queremos ser creíbles para los hombres y mujeres de hoy.

